

## SOBRE LA VIDA Y OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS

Manuel Payno\*

Muy pocas personas no conocen a Dumas, ya porque hayan visto en el teatro algunas de sus piezas o bien porque lo hayan oído nombrar como uno de los padres del Romanticismo. No obstante esto, muchos no tienen una idea exacta de este autor, y solo un pequeño número de personas ha leído sus obras; pues mientras han llegado ejemplares de las de Víctor Hugo, Balzac y otros escritores, apenas existe en México una que otra colección incompleta de las del autor de que hablamos. Los lectores del *Museo* no quedarán disgustados de que una que otra vez nos ocupemos, aunque rápidamente, de esos hombres singulares que, como unos semidioses en la Tierra, sacuden su pluma y brotan de ella multitud de magníficas creaciones.

Alejandro Dumas nació el 24 de junio de 1803 en Villers-Cotterêts, pequeña ciudad del departamento de Aisne, que solo dista veinte leguas de París. Su padre, originario de Santo Domingo, fue el valiente general Dumas de la república francesa, amigo íntimo de Joaquín Murat, del general Brune, y de todos esos soldados que Napoleón convirtió después en duques y reyes. [...] Alejandro, en una anécdota histórica titulada *Blanca de Beaulieu*, hace una tierna memoria de su padre. Muy pequeño era todavía Alejandro cuando murió el general Dumas, y la viuda quedó reducida a vivir miserablemente, pues la viudedad concedida a los que morían al servicio de la patria era demasiado corta. Así pasaron algunos años, hasta que ya Dumas, de una edad madura, tomó definitivamente su partido y resolvió marcharse a París a buscar una colocación para mantener a su madre. [...]

Dumas continuó en su oficina por la mañana y estudiando por la noche; mas para llegar a la ejecución de su obra, le pidió permiso a monsieur Oudard, jefe de su oficina, para no concurrir por las tardes. A pesar del cariño que este individuo profesaba a Dumas, no se atrevió a concedérsela por no introducir el mal ejemplo entre sus compañeros; pero sí lo trasladó a la Dirección de Bosques, donde no se asistía más que por la mañana. Las dificultades de Dumas no disminuyeron. [...]

La vocación del autor estaba decidida, y a pesar de los empleados platicones, de las hostilidades del portero y de la falta de consideración del director, hizo un ensayo de una tragedia y una traducción de Goethe que condenó al fuego hasta que produjo *Cristina*, drama que leyó al barón de Taylor, comisario real del teatro francés. La

\* Payno, Manuel, «Sobre la vida y obras de Alejandro Dumas», *El Museo Mexicano*, IV (1844), pp. 293-301. <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a376?intPagina=939&tipo=publicacion&anio=1844&mes=01&dia=01>

El artículo parte de la biografía referenciada en: Dumas, Alejandro, «De qué modo llegué yo a ser autor dramático», en *Teatro de Alejandro Dumas. Primera Serie*, trad. de don Jaime Tió. Barcelona: Imprenta de don Juan Oliveres, 1844.

pieza agradó a Taylor y la recomendó; pero intrigas de bastidores, que nunca faltan, hicieron que se dilatara la representación mucho tiempo. [...] Dumas vio un día un tomo de la historia de Anquetil, y de allí le vino la idea de hacer el drama *Enrique III*, que se representó y obtuvo un éxito brillante, habiendo asistido al teatro el duque de Orleans y todo lo más distinguido de la nobleza de Francia. Desde entonces ya no hubo duda alguna: Dumas era un gran poeta y un hombre que no necesitaba del miserable sueldo en la Dirección de Bosques.

No era una concepción única la que Dumas tenía en su cabeza; era un teatro entero, pues a muy poco tiempo dio sucesivamente *Carlos VII*, *Cristina*, *Antony*, *Ricardo de Arlington*, *Teresa*, *Ángela* y otras. Todas tuvieron un éxito brillante en los teatros en que se representaron, a lo cual contribuyó mucho la célebre madama Dorval y Bocache, que comprendían y desempeñaban admirablemente sus papeles.

Después, el infatigable escritor no ha cesado de dar al teatro sus producciones. *Catalina Howard*, *Paul Jones* o *Pablo el marino*, *Gabriela de Belle-Isle*, *Un casamiento en tiempo de Luis XV*, *Halifax*, *Mac Allan*, *Les demoiselles de Saint-Cyr* y otras que se han representado ya en los teatros de México repetidas ocasiones prueban la fecundidad de Dumas.

Ahora, dejando aparte la fecundidad del escritor, si entramos en el examen literario de sus obras, hallaremos que Dumas ha formado un teatro suyo, por decirlo así, cosa que en Francia, donde hay tanto crítico y tanto autor, no es dado sino a los hombres de un talento colosal. En todas las piezas dramáticas de Dumas se observa un profundo conocimiento del corazón humano, un estudio detenido de las pasiones y un tacto fino para presentar a la sociedad de una manera verídica y que sin embargo sorprende. El estudio que hizo Dumas de los autores alemanes e ingleses, y la manera con que creyó que debía aplicarlo a la moderna sociedad, formó en Francia una revolución dramática, y el joven desconocido que despreciaba el portero y el director de Bosques llegó a ser uno de los caudillos que se lanzaban a la arena pretendiendo resucitar a nueva y gloriosa vida la antigua escuela de Calderón y de Shakespeare, que había sido condenada al desprecio por la filosofía del siglo XVIII, exceptuándose a Voltaire, que antes que ninguno conoció el mérito del teatro inglés y a Racine y Corneille, que bebieron en las fuentes inagotables del genio español. [...]

Muchos consideran más dramático a Víctor Hugo. En cuanto a nosotros, si guiados por el respeto que también nos inspira este hombre admirable omitimos sentar una calificación, sí decimos que es el único que puede rivalizar con Dumas. Víctor Hugo ha buscado siempre en el teatro las sorpresas, los lances comprometidos, las situaciones peligrosas que casi contienen la respiración del auditorio. Dumas, sin poner tanto estudio en esta parte, por cierto demasiado interesante, se ha valido del arbitrio de hablar al corazón, de conmovier vivamente el ánimo y de interesar a su auditorio, presentándole esos lances supremos de la vida, revestidos de una poesía y de una gala en el lenguaje que arrebatan la admiración aun de los ancianos más encaprichados en que solo lo escrito por Moratín es bueno y que apenas conceden al *Tartufo* de Molière un mediano mérito.

En *Antony*, *Ángela* y *Teresa*, que fueron unas de las primeras producciones de Dumas, se echa de ver que el autor, que daba sus primeros pasos, quería consignar

unos tipos eternos que jamás hicieran olvidar a quien los había concebido. En México han parecido algunas de estas piezas inmorales, y las dos primeras no se han representado; mas es necesario tener presente que Dumas escribe en medio de una sociedad o más civilizada o más corrompida, y que esos suicidios, esos venenos, esos desafíos que aquí nos asustan y parecen imposibles, se verifican allí diariamente. [...] En medio del lujo y del refinamiento social existe en el corazón de Europa cierta dosis de barbarie y una absoluta falta de creencias religiosas. Era, pues, preciso que el drama fuese parecido a la sociedad, porque es sabido que los escritores reciben las impresiones de lo que ven, de lo que oyen, de lo que les rodea.

En sus dramas posteriores Dumas ha sido muy piadoso consigo mismo y con el público. *El mulato* es una producción de un fin altamente moral, y que tiende nada menos a destruir esa preocupación, esa lucha eterna que han sostenido los blancos con la gente de color. Este mismo objeto se propuso con más extensión en una novela que publicó en 1842, titulada *Georges*.

*Pablo el marino* ha sido una de las obras más acabadas de Dumas, y que en mi concepto puede servir de modelo de drama romántico, si bien algunos críticos han notado ser un defecto valerse del arbitrio de presentar en espectáculo los sufrimientos físicos. [...]

Dumas emprendió un viaje a Suiza y produjo una obra titulada *Impresiones de viaje*. Es imposible leer otra cosa más interesante y más tierna. Aquellos lagos espaciosos y tranquilos, aquellos valles fértiles y pintorescos y aquellas altísimas montañas coronadas de nieve están descritos con tanta sencillez y dulzura que parece que está uno leyendo las suaves pinturas que Virgilio hace del campo; y después la historia, las tradiciones populares y la poesía de esos amables pueblos de montañeses están contadas con tanta sencillez y naturalidad que más bien se cree que sea una ficción y no una realidad la que se lee. En cuanto a nosotros, algunas veces que en un rincón de México, privados de nuestros amigos y excluidos, por decirlo así, de la sociedad, hemos tenido a mano *Impresiones de viaje*, no hemos podido menos de besar las hojas del libro, de regarlas con nuestras lágrimas y de bendecir al hombre que tan dulces emociones nos ha hecho sentir.

Otra de las obras llenas de sentimentalismo y de bellezas es la novela titulada *Paulina*. Es la historia diaria de esas pasiones malogradas, de ese amor indiscreto que depositan las mujeres en un hombre que las deshona y las traiciona, y cuya llaga profunda solo se cicatriza con el amor respetuoso y santo de otro amante. [...] Es un libro que se lee sin fastidio dos o tres veces, y en punto a novelas somos de los que quedamos enteramente satisfechos con una sola lectura.

De regreso Dumas a Francia pensó dedicarse a estudios más serios. La historia cayó bajo su dominio y la embelleció, porque Dumas, como los mágicos de *Las mil y una noches*, encanta y llena de brillo y de magnificencia cuando toca con la pluma. [...]

En el año 1841 o 1842, según creo, Dumas se dirigió a hacer una excursión a las orillas del Rin, y a su vuelta a París publicó *Las excursiones a las riberas del Rin*. Por este tiempo Víctor Hugo hizo también un viaje y publicó una obra en dos tomos, *El Rin*. Hemos leído las dos obras y le damos la preferencia a la de Dumas. [...] Dumas contó sencillamente las tradiciones populares y los recuerdos históricos, y nos pre-

sentó a Alemania, como a Suiza, con toda su poesía, con todo el romanticismo, con la naturaleza y los acontecimientos han engalanado a esos países.

Posteriormente, Dumas ha abandonado el drama sentimental y se ha apoderado de la comedia maligna y satírica, ha dejado la anatomía de Shakespeare y examina ahora los cadáveres de Molière y de Picard. [...]

Últimamente hizo un viaje al Mediterráneo y produjo *El Speronare*, *El Corricolo* y el *Capitán Arena*. Estas obras no son más que unas nuevas impresiones de viaje bastante agradables y bien escritas, pero en nuestro juicio de menos mérito que las que tratan de Suiza y el Rin.

El estilo que generalmente usa Dumas en todas sus producciones en prosa es generalmente sencillo y puro, y solo de vez en cuando deja caer un pensamiento suave y poético, como esas estrellas que van luciendo en las tardes al ausentarse el sol.

Dumas, según se nos ha dicho por personas que lo han conocido, es de un trato amabilísimo, con un excelente corazón, como se echa de ver en sus escritos; sin orgullo alguno y franco hasta tocar el pródigo, así es que, después de las considerables sumas que ha ganado con sus escritos, está lo que puede llamarse pobre. [...]

En México, algunas personas preocupadas que no han leído nunca las producciones de Dumas lo creen un loco, un hombre sin genio y sin instrucción, un romántico, en fin, como ellas dicen; pero por estos apuntes biográficos se echará de ver que ese es un concepto de todo punto equivocado.

Citaré en apoyo de mis opiniones una bastante respetable. El señor Quintana Roo, educado y nutrido con la literatura clásica, jamás había querido leer nada de las producciones modernas. Una vez *El Correo Francés* publicó un artículo de Dumas con motivo de la desgracia acaecida al heredero del trono de Francia. El señor Quintana lo leyó y le agradó tanto que, según nos dijo, lo había leído tres veces. A pocos días le mandé el *Rin*, y cuando lo volvió a leer me dijo que materialmente estaba enamorado de Dumas. Esto lo citamos para que se vea que nuestros elogios no son exagerados.

Por último, asentamos que, exceptuando algunos dramas, todas las creaciones de Dumas son morales, llenas de sencillez y de virtud, y que ciertamente no es de los románticos que han causado menor daño ni a la sociedad ni a la moral.

A Chateaubriand, a Lamartine, a Dumas, es preciso adorarlos como personas de nuestra familia cuando se leen sus obras. Respecto al último, sin hacer un paralelo de su talento, somos fanáticos por él y sus acérrimos defensores. Hemos leído casi todas sus obras, y los ratos de placer que nos ha proporcionado este hombre fecundo, amable y casi candoroso como un niño cuando escribe, solo las podemos pagar consagrando a su memoria estas líneas.

Octubre de 1844.